



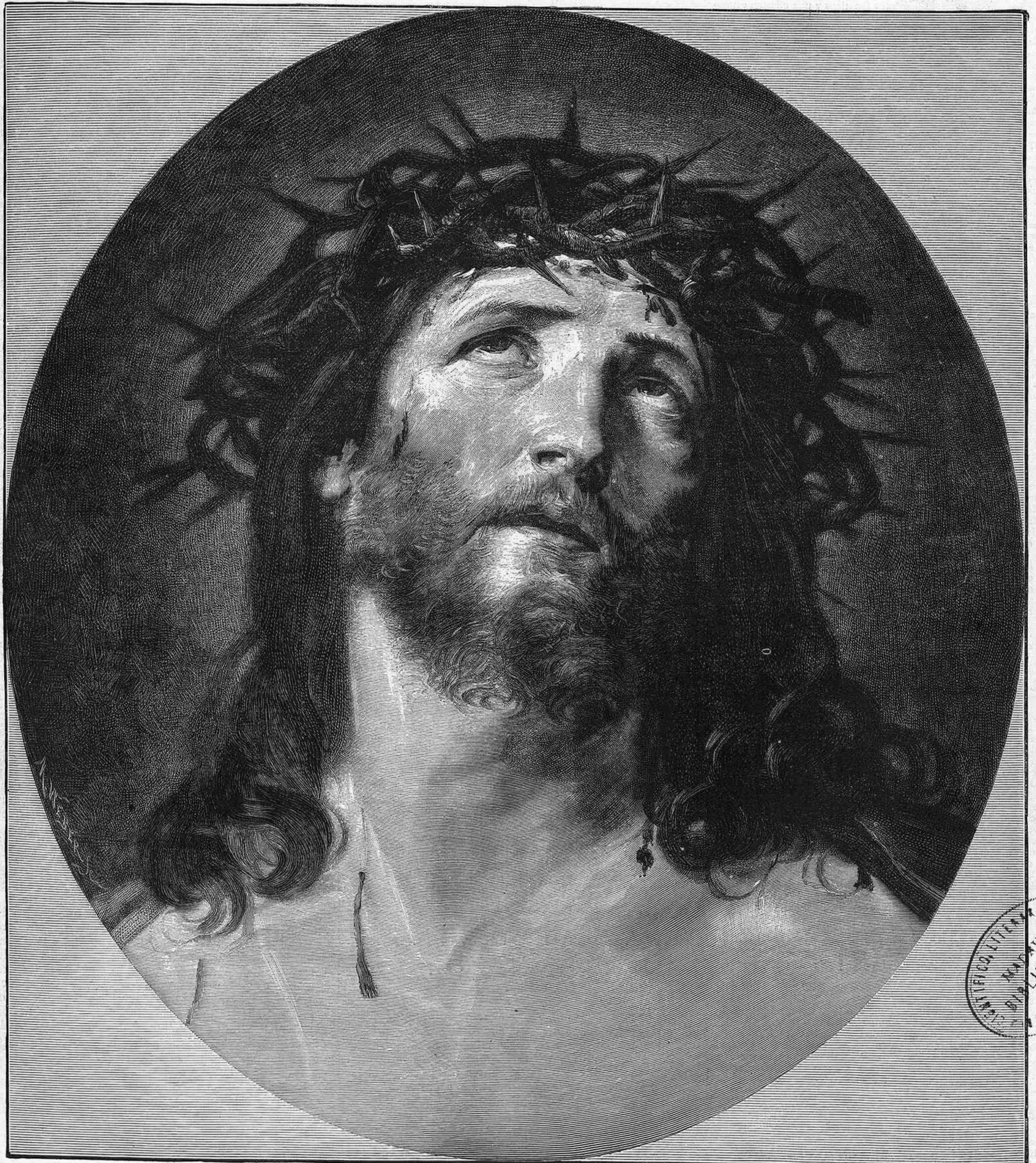
# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 26 DE MARZO DE 1888→

NÚM. 326

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡ECCE HOMO! cuadro de Guido Reni

## SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Cervantes militar, marino y diplomático* (continuación), por don Luis Carreras. — *¡Parricida!* por don A. Sánchez Pérez. — *Noticias varias.*

GRABADOS. — *¡Ecce homo!* cuadro de Guido Reni. — *Non est hic*, dibujo de A. Ziek. — *La leyenda del pitirojo*, dibujo de Giacomelli. — *Judas vendiendo a su maestro*, cuadro de H. Prell. — *Muerte del emperador Guillermo.* — *Mascarilla del emperador Guillermo*, hecha por el profesor R. Begas, dibujo de E. Limmer. — *Los guardias de Corps en Berlín jurando al nuevo emperador*, dibujo de R. Knetel. — *Federico Guillermo.* — *Emperador Guillermo.* — *Príncipe Guillermo.*

## NUESTROS GRABADOS

## ¡ECCE HOMO! cuadro de Guido Reni

Pilatos sería el más infame de los magistrados, si no fuese el más miserable de los aduladores. Está perfectamente convencido de la inocencia de Jesús, y sin embargo, ordena que sea azotado y devuelto al pretorio, donde unos sacerdotes fanáticos y una chusma estúpida disputan su víctima a la elástica conciencia del gobernador romano. Olvidando éste que la vista de la sangre enfurece a las fieras lejos de aplacarlas, muestra al pueblo a Jesús, pronunciando aquella célebre frase:

— ¡Ecce Homo!

Y aparece, realmente, el hombre, tan desfigurado, tan maltratado, tan martirizado, que su vida se encuentra concentrada exclusivamente en la expresión de sus ojos, dulce, sublime, divina, en medio del tormento.

Jesús en el balcón del pretorio, después de la flagelación, es quizás el asunto o figura más veces tratada (maltratada dijéramos quizás mejor) por pretendidos artistas. Entre los pocos que han estado a la altura de su empeño, Guido Reni se lleva quizás la palma. El Museo de Londres posee el cuadro original cuya reproducción publicamos al frente del presente número. Es una maravilla de sentimiento y de ejecución que se impone aun a los más profanos en el arte.

Guido Reni nació en Bolonia el año 1575 y siendo aún muy joven fué admitido en el taller de los célebres hermanos Carraggio, con quienes compitió ventajosamente al cabo de poco tiempo. Hostilizado por la envidia de sus primeros maestros y ganoso de admirar las grandes obras acumuladas en Roma, partió para la ciudad eterna, en donde la protección que le dispuso el caballero Josepino puso en evidencia su talento, hasta tal punto que se le confió la ejecución de obras que habían sido encargadas al eminente Miguel Ángel Caravaggio. A tal extremo llegó su reputación, que el papa Paulo V gustaba de asistir a su taller, y para poder verle trabajar a sus anchas le autorizó para que estuviera cubierto en su presencia. Habiéndole hecho observar algunos cortesanos cuán inusitada era semejante honra, contestó el artista:

— Pues si el Papa no me la hubiera dispensado, por mi parte habría pretextado cualquier dolencia y me hubiera cubierto, mal de su grado, no por respeto a mí sino por respeto al arte.

Era en este punto tan extremado, que jamás quiso hacer el retrato de monarca alguno ni trabajar en palacios, para no tener que descubrirse, en detrimento de su dignidad artística. Murió a los 67 años de edad, habiendo decaído notoriamente sus facultades desde que, en mal hora, se dejó dominar por el vicio del juego.

## NON EST HIC, dibujo de A. Ziek

Aun cuando los cuatro Evangelistas describen el acto en que los ángeles del sepulcro dan cuenta a las Santas Mujeres de la Resurrección del Señor, el autor del dibujo que publicamos no lo ha ajustado estrictamente a ninguno de los relatos bíblicos. Al que más parece aproximarse es al texto de San Lucas, que dice:

«Y el primer día de la semana fueron muy de mañana al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado.

»Y hallaron la losa revuelta del sepulcro.

»Y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.

»Y aconteció que estando consternadas por esto, he aquí dos varones que se pararon junto a ellas con vestiduras resplandecientes.

»Y como estuviesen medrosas y bajasen el rostro a tierra, les dijeron: — ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

»No está aquí, mas ha resucitado: acordaos de lo que os habló estando aún en Galilea.»

LA LEYENDA DEL PITIROJO  
dibujo de Giacomelli

Cuenta la tradición que en el instante en que el Redentor de la humanidad pronunció desde lo alto del sangriento madero el sublime *Lamma Sabachthani*, de todos abandonado, por todos escarnecido; cuando la voz de la justicia divina fué transmitida por el trueno a cuantos habían puesto sus manos infames y sacrílegas en el sacratísimo cuerpo del *Varón justo*; cuando ni la Madre ni el discípulo amado podían prestar auxilio alguno al mártir del Calvario y hasta los ángeles tenían orden de adorarle sin socorrerle; un humilde pajaro tendió el vuelo desde una rama no lejana de la cruz y fué a posarse en la frente del moribundo. La sangre de éste tiñó las plumas del ave compasiva, y desde entonces el collarín encarnado del pitirojo recuerda a la humanidad su criminal indiferencia en el día del tremendo holocausto.

En esta poética tradición se ha inspirado Giacomelli, y ninguno como él podía darla forma de manera superior. Héctor Giacomelli es quizás el artista que mejor siente la naturaleza: para él nada existe tan risueño, tan agradable, tan embelesador como la contemplación de los pájaros. Una enfermedad grave le obligó a dejar París cuando aun era muy joven, y desde entonces lleva en el campo una existencia que no han podido hacerle modificar todas las tentaciones que la metrópoli francesa encierra para los artistas de primer orden. A fuerza de estudiar a los pájaros ha conseguido hacerles expresar afectos y hasta pasiones. Su silueta de hombre y de artista está formada por estas palabras suyas:

«Allí, en el campo, es donde he sentido nacer mi afición a los pájaros, a los insectos, afición que nunca ha decrecido en mí, antes bien la siento aumentar todos los días. No conozco nada igual a un jardín frondoso, tapizado de verde césped, bañado por el sol y alegrado con el canto de las aves. ¡Cuán feliz me siento en tales casos!... Muchos son los que piensan como yo aunque no lo dicen, y esto explica el favor con que han sido acogidos mis dibujos, que no son sino impresiones que he sentido. Yo me limito a transmitir estas impresiones a los que no tienen la dicha de vivir en el campo.»

JUDAS VENDIENDO A SU MAESTRO,  
cuadro de H. Prell

La muerte del Justo estaba decretada: los prevaricadores del tribunal, los mercaderes del templo, los embaucadores de la conciencia y monopolizadores de la fuerza, se habían estremecido de miedo y de

coraje cuando se enteraron de la doctrina de Jesús. Era indispensable perderle, y pusieron vil precio a la traición de uno de sus discípulos. Treinta dineros de plata acallaron los escrúpulos de Judas, un puñado de metal compró la sangre del Hombre.

Prell ha dado forma a la escena en que se consumó el nefando trato, y ante su obra hay que reconocer la mano de un gran maestro. El lugar de la acción, afueras de Jerusalén, es por su soledad y aridez, digno punto de reunión de tan horribles criminales: la luna alumbrá fatidicamente las tres figuras que componen el cuadro, cada una de las cuales es un modelo de relajación, sin perjuicio de que la de Judas eclipse, como debe ser, la de sus seductores. Examínese su fisonomía, su actitud, su vestidura, y resulta un portento de codicia sordida y de sentimientos más sordidos aún. Judas es el verdadero deicida, porque premedita su crimen y se le alcanza todo su horror. No obedece ni a un sentimiento de venganza, ni al irresistible deseo de reparar un ultraje que no ha recibido. Regatea, es verdad, con sus cómplices; pero no regatea el delito, sino su precio; comete una traición que es el mayor de los crímenes, y la comete por dinero, que es la mayor de las bajezas. Es muy difícil reproducir con mayor verdad de lo que lo ha hecho Prell a un miserable de tal calaña.



MARÍA Y MAGDALENA, dibujo de B. v. Neher

## La muerte del emperador Guillermo de Alemania

De algunos días a esta parte la atención del mundo se ha fijado preferentemente en Berlín. Aunque LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no se ocupa por punto general de sucesos de actualidad, nos parece oportuno prescindir de esta costumbre en gracia de un acontecimiento cuya trascendencia aun no puede apreciarse debidamente. Nuestro grabado representa a:

GUILLERMO I, rey de Prusia y primer emperador de la nueva Alemania, proclamado en Versalles (1870) a consecuencia de la famosa guerra franco-prusiana. Nació en 22 de marzo de 1797, empezó su carrera militar en tiempo de Napoleón I; casó en 11 de junio de 1829 con la princesa Augusta, hija del Gran Duque de Sajonia Weimar, y ha fallecido a las 9 y media de la mañana del día 3 de los corrientes. Le sucede en el trono su hijo primogénito:

FEDERICO, nacido el 18 de octubre de 1831; casado en 25 de enero de 1858 con Victoria Luisa, hija de la actual reina de Inglaterra. El nuevo emperador orló sus sienes, en otro tiempo, con los laureles de Sadowa y de Sedán. Es un gran estratega en toda la extensión de la palabra, a pesar de lo cual se le supone partidario de la paz y hasta de ciertas ideas modernas que amenazan romper algunas tradiciones muy arraigadas en la corte de Prusia. Su advenimiento tiene algo de portentoso: la muerte, que le amenazaba de una manera inminente hace pocos días, ha retrocedido ante el nuevo emperador, cual si Dios suspendiera las leyes naturales para darle lugar al cumplimiento de un destino providencial. El peligro que ha corrido y corre aún; la resignación y entereza con que soporta una enfermedad horrible y los primeros actos de su reinado, le han hecho simpático hasta a los enemigos naturales de su pueblo. Si Dios le llama a sí, como aun es muy temible, le sucederá en el imperio su hijo:

GUILLERMO, nacido el 27 de enero de 1859, casado en 27 de febrero de 1881 con la princesa Victoria, hija del Duque de Schleswig Holstein, a quien se supone identificado con el partido militar de Alemania.

También publicamos en el presente número un grabado que representa la apacible muerte del emperador Guillermo y la mascarilla del cadáver, por la cual se echa de ver que el anciano monarca conservó hasta sus últimos momentos la respetable y simpática fisonomía que tan popular se ha hecho durante los últimos años. Dícese que sus postreras palabras fueron:

— ¡Pobre Alemania!...

Los moribundos son profetas muchas veces.

## CERVANTES MILITAR, MARINO Y DIPLOMÁTICO

POR DON LUIS CARRERAS

(Continuación)

Para Cervantes la audacia y el valor de un general debían ir acompañados de otra cualidad más descolante: el talento. «Mandar ejércitos, exclamaba, no es oficio de ganapán — como si dijéramos: de *chafarote*. (Quij.)» Lo cual apoyaba en seguida con las siguientes palabras: «Si el esfuerzo y cordura que todo lo barrunta y previene no se hallan en quien manda, la abundancia de gente y municiones aprovechará bien poco. (Numan.)» Y añadía: «Tened entendido que la fuerza es vencida del arte. (Quij.)»

Entrando en la teoría de las operaciones, enseñaba que el éxito de una campaña depende bastante de la rapidez de la acción. «La pereza, decía, cría fortuna baja, y la di-

ligencia funda los imperios y las monarquías. (Numan.)» Pero esa diligencia no debía ser ciega, sino dirigida por el talento y el espionaje. «Descubrir el falso, ó el cierto designio del enemigo, enseñaba, siempre es de provecho. (Id.)» Si se le replicaba que de este modo se exponía a que el adversario le engañase, él lo desvanecía replicando: «La experiencia ha enseñado que jamás la falsedad vino cubriendo tan completamente a la verdad, que no se mostrase algún pequeño indicio de esta, alguna puerta por donde investigar lo que de un modo positivo hubiese. (Id.)» Por esto alegaba otro luminoso principio: «Oír al enemigo es cosa que no sólo no daña, sino que siempre aprovecha. (Id.)» Añadiendo como corolario de todas estas ideas: «La falsa confianza trae consigo mil engaños. (Id.)» Y por si la conclusión no fuese bastante clara, decía también: «No hay disculpa para el descuido que en la guerra se comete, por pequeño que parezca; que pierde mucho quien yerra, aunque sea en poco. (Gallardo Esp.)» Pero eso sí, quería que tomadas las precauciones, nada, ni lo más fútil, se despreciara. «Si la ligera ocasión ofreciese uno de sus cabellos, cójase en seguida, exclamaba. (Id.)» Lo cual reforzaba añadiendo: «En todas las cosas la diligencia es madre de la buena ventura, particularmente en la guerra, donde la celeridad y presteza previenen los discursos del enemigo, alcanzando la victoria, antes que el adversario se ponga en defensa. (Quij.)» Sin embargo reconocía que á veces una casualidad malogra los mejor combinados planes. «Las cosas que han de suceder forzosamente, decía, no hay prevención ni diligencia humana que las prevenga. (Zeloso Extremeño.)»

En efecto á pesar de toda la importancia que concedía al talento del general y á la disciplina del soldado, confesaba que se necesitaba de la suerte. «Las cosas de la guerra, enseñaba, están sujetas á continua mudanza; y por esto el retirarse no es huir, ni el esperar cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza de vencer. Sabio es guardarse hoy para mañana en vez de aventurarlo todo en un día. (Quij.)» ¿Por qué hacía esta limitación? Ahora lo veremos. «En las cosas que se consideran mucho, exclamaba, siempre se hallan muchas dificultades; de modo que en los hechos valerosos que se acometen se ha de dejar alguna parte á la razón y muchas á la ventura; pues las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna (*casualidad*), que á su ánimo. (Id.)» Sin embargo lo más singular y bello en Cervantes no era tan sólo esto, sino también la altísima concepción que se había formado del arte de la guerra, elevando á principio fijo y descolante una idea que contenía toda una revolución militar; una idea que practicara ya Gonzalo de Córdoba, y que no supo practicar como él ninguno de sus discípulos y sucesores. Nuestro autor la emitía en pocas palabras, estableciendo que todo general tenía el deber de triunfar con el menor derramamiento posible de sangre y más bien por medio de maniobras que de batallas. «Se ha de tener en mayor cuenta, decía, la victoria que nos cuesta menos pérdidas. Cuando el triunfo se alcanza con la sangre del amigo, mengua el gusto que habíamos de alcanzar. ¿Qué gloria puede haber más levantada en las cosas de la guerra que vencer al enemigo *sin desenvainar la espada?* (Numan.)» Empero como el hombre, por mucho que domine á su época, no llega nunca á deshacerse de todas las preocupaciones de ella, Cervantes detestaba el uso de las armas de fuego, que era lo único que había permitido formar este grandioso concepto estratégico. «Bien hayan, exclamaba, aquellos dichosos tiempos que carecieron de la espantable furia de aquellos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención. (Quij.)» ¿Quién le dijera á Cervantes que sin las armas de fuego, que permitían maniobrar los ejércitos á gran distancia uno de otro, la estrategia era poco menos que elemental, y que lo más importante del arte militar quedaba encerrado en las batallas brutales?

Imposible parecerá que un hombre de tantos estudios militares no tuviese opiniones propias acerca del ejército español; y en efecto las tenía, pues aunque se hayan perdido dos de sus dramas militares, en uno de los cuales, *Batalla naval*, podía ser muy explícito, con todo aun se conserva alguna idea que, no por ser general, es menos apreciable. Extraño fuera en verdad que quien seguía la carrera con tanta elevación de miras, no hubiese tratado de conocer los puntos flacos y fuertes de las tropas que deseaba mandar. No le desagradaba la composición de ellas, pues si no constaban tan sólo de soldados instruidos en letras y ciencias, y de individuos de la nobleza, contenían bastante número para que unidos á los veteranos y á los jóvenes plebeyos, formasen una tropa de cualidades excepcionales. Pero examinando los institutos, la satisfacción de Cervantes era menos absoluta, porque de una parte tenía una alta idea de la infantería española, y por otra no estaba contento de la caballería. «Está en duda entre los que siguen la guerra, decía, cuál es (*en general*) la mejor, la caballería, ó la infantería; y hase averiguado que la infantería española lleva la gala á todas las naciones. (Vizcaino fingido.)» Reconócense que esto no era ningún elogio de nuestros escuadrones.

Sin embargo hallaba otra cosa todavía más defectuosa en el ejército español; y era el inmenso tren de bagajes, mujeres y criados que lo acompañaban, dificultando muchísimo sus movimientos. No ignoraba Cervantes los inconvenientes que esto tenía, ni los vicios que engendraba, y de aquí que lo reprobaba enérgicamente. «En los campamentos militares, decía, no puede admitirse á las meretrices, porque afeminan á los soldados. El militar ha de



NON EST HIC, dibujo de A. Ziek

dormir en camas de fagina puestas en el suelo. Bien sé que ha de ser difícil conseguirlo, pero si no se hace ocurrirá catástrofes y guerras interminables. (*Numan.*) La historia prueba que no se equivocó.

II.

Cabe así decir con toda seguridad que Cervantes no sólo había hecho la guerra con lucimiento, sino que la

y cosmográficos que hizo en la niñez, tendrán ahora que capitular: nos referimos á lo que sabía en ingeniería militar y en táctica naval.

La pérdida de su drama la *Jerusalén*, que de seguro versaba sobre el sitio de esta ciudad por la primera Cruzada, nos priva quizá de muchos recursos importantes; pero como todavía se halla mucho en el *Quijote*, el *Gallardo Español* y la *Numancia*, podremos reconstruir hasta cierto punto lo que sabía como ingeniero de guerra. No

había observado con la mayor atención; que había recogido y analizado uno á uno todos sus fenómenos capitales, y que los había juntado y equilibrado hasta formarse un concepto claro y positivo, del cual resultaban los principios eternos del arte militar. Verdad es que sus inmensas lecturas, los estudios que hiciera en la niñez y su feliz memoria debieron ayudarlo; pues sin estos auxilios impos-

ible le fuera en tan breves años como estuvo en Italia adquirir la grande y profunda doctrina que aquellos extractos suponen. Los estudios y lecturas militares de la niñez le prepararon para entrar en el ejército, la guerra le dotó para las concepciones teóricas, y las lecturas y meditaciones de que la acompañaba, sobre todo las lecturas, le hacían penetrar hasta el fondo de la experiencia, elevándole luego hasta lo más alto de la doctrina. Por esto solía decir: «Las lecciones de los libros muchas veces hacen más experiencia de las cosas que la que tienen los mismos que las han visto, á causa que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin atención no repara en nada (*Persil.*)»

Pero los conocimientos militares de Cervantes no se reducían á esto, sino que se extendían á dos ramos más de una técnica científica tan necesaria, que los que aun no están convencidos de los estudios matemáticos

tenía Cervantes en materia de fortificación ideas nuevas ni diferentes de su época; porque la capacidad de la artillería era todavía demasiado escasa para vislumbrarse la reforma de Vauban. Pero conocía las leyes geométricas que las fortificaciones de aquel tiempo debían seguir para corresponder cada obra en magnitud, altura y colocación á las demás de la plaza. Haciendo hablar en el *Gallardo Español* al ingeniero Fratrín, que examina el estado de Orán, le pone en la boca este lenguaje: «Hase de alzar, señor, esta cortina — á peso de aquel cubo (1) que responde — á éste que descubre la marina. — De la silla (2) esta parte no se esconde; — mas ¿qué aprovecha si no está en defensa — ni Almarza (3) á nuestro intento corresponde?» Pocas veces ha hecho nadie en menos palabras la crítica de una plaza de guerra defectuosísimamente preparada; y ligereza se necesitaría después de leerla para decir que quien la hizo no conocía bien la materia. «Orán, decía Cervantes, no se hallará en estado de defenderse bien sino cuando la cortina A tenga una altura equilibrada con el cubo B, pues éste cruza sus fuegos con el C que arrasa á la playa. La silla D se da bien la mano con el torreón E; pero sin resultado, porque ni está bien fortificado, ni Almarza se cruza con ellos. (*Gallardo Español.*)»

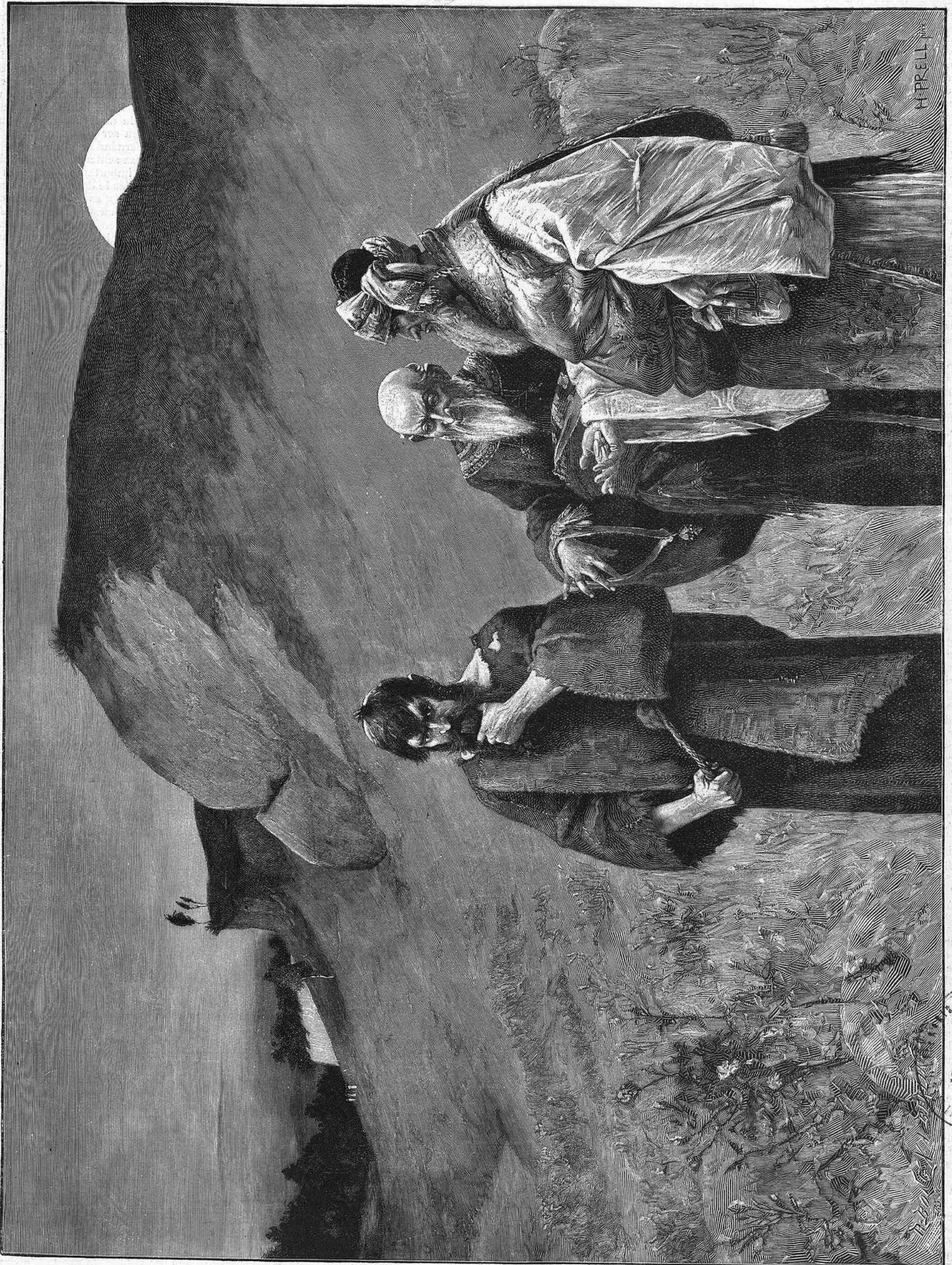
En punto á sitios creía que el sitiado debía defenderse ofensiva ó defensivamente, según las circunstancias, como lo indica al juzgar la defensa de la Goleta, que ya hemos citado. Su concepción debía ser muy semejante á la ofensiva-defensiva de algunos sitios modernos, por ejemplo la de Génova por Massena; lo cual nada tiene de extraño, pues del mismo modo había defendido Gonzalo de Córdoba las líneas de Barleta: cosa bien conocida de Cervantes. Nuestro héroe sabía que en los sitios, toda plaza que llega á estar reducida á la estricta defensa, no tiene casi salvación, si otros no hacen levantar el sitio. «¿Cómo es posible, exclamaba, dejar de perderse fuerza, que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? (*Quij.*)» Otro principio suyo era que toda guarnición de plaza cercada, debía tener más confianza en su propio valor, que en las murallas que estaba encargada de defender. «Donde se halla el deseo de la fama, decía, se estiman en nada murallas y trincheras saltando los combatientes á campo raso. (*Gallard. Esp.*)» Y hablando de las malas fortificaciones de Orán, y de los peligros de un cerco inminente, exclamaba: «La pérdida es inevitable, si la inmensa valentía de los defensores no suple lo que falta á las cortinas y murallas (*Id.*)»

El cuadro que en la misma nos traza del ataque de esta ciudad, aclara lo que de ambiguo tiene aquel pensamiento, el cual nos deja en la duda de si convida á la guarnición á pelear dentro ó fuera de la plaza. Esta vez la defensa se hace dentro, á causa de la desproporción entre los defensores y los sitiadores; viéndose así otra vez confirmado que Cervantes hacía depender el sistema ofensivo-defensivo de circunstancias que lo hicieran posible y razonable.

(1) Torreón cuadrado ó redondo.  
(2) Fortificación elevada y cubierta.  
(3) Un punto destacado de las fortificaciones.



LA LEYENDA DEL PITIROJO, composición de M. Giacomelli



JUDAS VENDIENDO A SU MAESTRO, cuadro de H. Prell



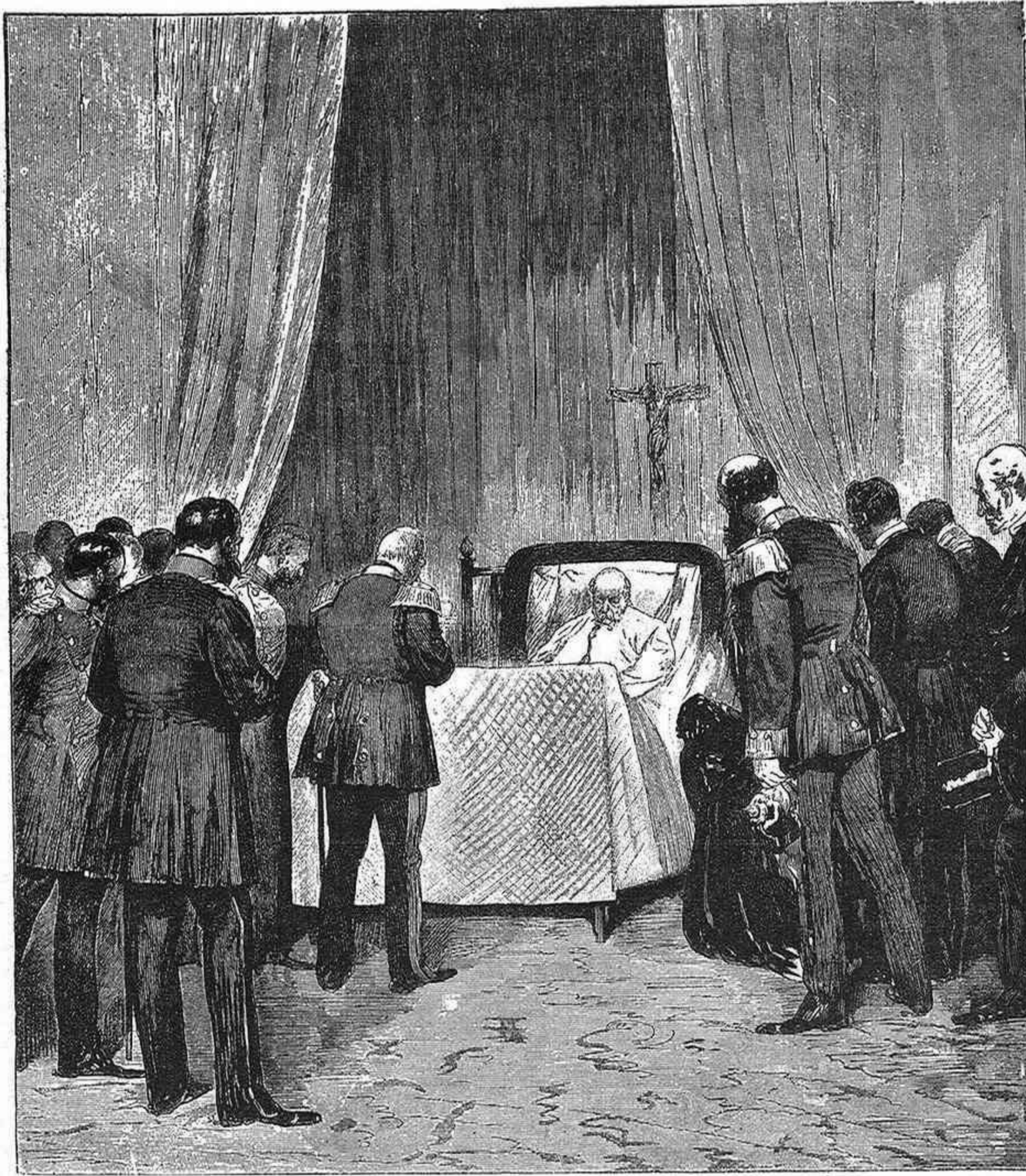
En esto mismo se fundaba para rechazar las acusaciones de aquellos militares que aseguraban haberse perdido la *Goleta* por no haber salido á campo raso los defensores. «Si en la plaza y en el fuerte, exclamaba, apenas había 7,000 soldados, ¿cómo podía tan corto número, aunque más esforzado fuera, salir á la campaña, y dejar guarnición en los fuertes, siendo tantos los enemigos? (*Quij.*)» Lo mismo vemos en la *Numancia*, cuando terminados los trabajos de circunvalación que el sitiador ha trazado, los numantinos se proponen asaltarlos, pues no cesa de hacerles objetar una y otra vez: «¿Qué sacaréis de vuestro desesperado esfuerzo sino morir tontamente antes que hayáis llegado al foso?»

La acción de la *Numancia* es digna de ser estudiada por un ingeniero militar, porque sin conocer á fondo el arte de atacar y defender las plazas fuertes, le fuera imposible á Cervantes escribirla; y de ahí que tanto las operaciones de los romanos como los designios de los numantinos sean acertadísimos. Así es que nosotros, extrayendo de aquella acción los principios de ingeniería militar que la han inspirado, acabaremos de poner en claro lo que Cervantes sabía en la materia. «Toda ciudad, decía, dotada de heroicos defensores, que á favor del terreno salgan al encuentro del sitiador y lo acometan, ha de ser considerada inexpugnable, por débiles que sean sus fortificaciones. Presentado así el problema, no tiene un general sitiador otra solución que reunir un ejército tan numeroso, que haga imposible aquella ofensiva de la guarnición, y cercarla bien y estrechamente, á fin de poner sus líneas al abrigo de ataques parciales que las rompan, y de consumir á los sitiados en la impotencia, la inercia y el hambre. (*Numan.*)»

Esta misma proposición la invertía del siguiente modo respecto á una plaza de guerra: «Los defensores han de impedir ante todo que el enemigo abra trincheras; porque si las abriese, quedarán encerrados; perderán toda la libertad de sus movimientos, y no podrán salvarse, si no les llega un auxilio eficaz (*Id.*)» Y añadía redondeándolo: «Perdióse la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable; y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían; sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podían levantar trincheras en aquella desierta arena; y así los turcos con muchos sacos de arena levantaron las suyas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la plaza, y tirándoles á caballo, ninguno de ésta podía parar, ni asistir á la defensa. (*Quij.*)» Volviendo á los principios practicados en la *Numancia*, Cervantes decía asimismo: «Todo general que sitie una plaza inexpugnable, que pueda ser socorrida, no sólo debe cercarla con líneas de circunvalación, ó sea con trincheras que miren á la plaza; sino también con líneas de contravalación, es decir, con trincheras que miren al campo; y si un río pasare por en medio de la ciudad, es necesario interceptarlo arriba y abajo con sólidas obras de defensa que permitan cortar é impedir el paso á los de dentro y á los de fuera. ¿Por dónde han de atacar entonces los auxiliares, ni cómo ha de secundarles la guarnición, si los sitiadores tan inatacables son por el lado de la ciudad como por el reverso?» Un conocimiento tan minucioso y exacto tenía Cervantes de todo esto, que añadía: «Sin embargo, la escalada de las líneas del sitiador, que no es posible á un ejército, lo será siempre á media docena ó menos de héroes, porque siendo pocos, sorprenderán fácilmente al enemigo. (*Id.*)» Todavía hoy se piensa del mismo modo.

Los estudios matemáticos de la niñez y adolescencia y la casualidad de servir después en la marina dieron ocasión á que Cervantes también estudiase el arte naval, según ya hemos dicho; y que llegase á conocerlo de tal modo, que le convertía en un excelente oficial de marina. Era muy común entonces á unos mismos militares la táctica de mar y tierra; y quien, como nuestro héroe, quería ser un militar cumplido, no podía menos de cultivar la teoría de un género que requiere tantos estudios especiales. La pérdida de la *Batalla naval* nos ha privado, sin duda, de una multitud de datos sobre los conocimientos marítimos de Cervantes; con todo hay bastantes noticias en las obras que conocemos para formar concepto de que en el mar no era menos entendido que en la táctica terrestre.

Anticipóseme sobre este punto, sino al estudio, á la publicación del resultado, el académico de la Historia y capitán de la marina de guerra D. Cesáreo Fernández Duro, quien publicó en el tomo VIII de la *Revista de España* una monografía que concurría á mis conclusiones mismas, aunque de un modo tan poco evidenciado, que



MUERTE DEL EMPERADOR GUILLERMO

mi amigo D. Luis Vidart, cervantista y coronel de artillería, pudo combatirla, más bien por no haber quedado convencido, que por disponer de razones. El defecto orgánico de aquel trabajo está en tres puntos capitales: la insuficiencia de datos, el equivocado y chabacano concepto que los cervantistas tienen de Cervantes, y el aislamiento de las opiniones del monografista; pues si el grande hombre era un ignorante, como dicen los Valeras, si no había recibido ninguna educación científica en la infancia, como aseguran todos los cervantistas, si había sido durante sus campañas un pobre diablo de soldadote, como refieren sin discrepar los biógrafos, y como hombre era un apocado, capaz de morir de hambre en medio de la abundancia, según todo el mundo cree, ¿qué había de saber él de arte naval ni de nada parecido? Así vino á discurrir D. Luis Vidart; y como el Sr. Fernández Duro estaba conforme con todas las premisas, la cuestión quedó paralizada y olvidada, como lo han quedado las de parecida índole que han tenido por objeto asegurar que Cervantes era teólogo, médico, viticultor y hasta cocinero. Era verdaderamente chocante que un hombre que no sabía nada resultase un día que sabía el arte de navegar. Pero una vez publicada mi historia, y conocida la primera educación de Cervantes, habrá de cambiarse de rumbo, porque no sólo sabía mucho, sino que estaba al corriente de la táctica naval. Verá el Sr. Fernández Duro como D. Luis Vidart esta vez se calla, á pesar de lo malparada que quedará su tesis.

Que Cervantes conocía aquel arte no sólo nos lo dice la *Galatea*, la *Española inglesa*, la *Historia del cautivo*, *Pérsiles* y otras obras, sino que lo pregona también la propiedad, frescura y familiaridad con que lo aplica á la versificación lírica, donde se sirve de las maniobras navales para expresar una idea religiosa. D. Cesáreo Fernández Duro no cayó en eso, y su contrincante tampoco. Pero ambos podrán enterarse ahora de esta valiosa prueba. Hela aquí:

Con las obras y la fe  
Hoy para el cielo se embarca  
En mejor jarcada barca  
Que la que libró á Noé.  
Y para hacer tal pasaje  
Ha muchos años que ha hecho  
Con sano y cristiano pecho  
Cristiano matalotaje.  
Porque en el mar de este mundo  
Es plático marinero.  
Y así mirando el aguja  
Divina, cual se requiere,  
Si el demonio á orza diere,  
El dará al instante á puja.  
Y llevando este concierto  
Con las ondas deste mar  
A la fin vendrá á parar  
A seguro y dulce puerto,  
Donde sin áncoras ya  
Estará la nave en calma  
Con la eternidad del alma  
Que nunca se acabará.

Estos ingeniosos versos, dedicados á la entrada del poeta Padilla en un convento por los años de 1583, no demuestran, ni podrán demostrar que Cervantes fuese capaz de ser piloto ó capitán de buque; pero bastan ya á evidenciar que conocía el arte naval. Sin embargo, mucho más presumía de sí en dicha materia el hombre que solía decir aplomadamente: «Mejor gobernará el timón de una nave el que ha sido marinero, que el que sale de las escuelas de su tierra para ser piloto. (*Pérsil.*)» «El Sr. Fernández Duro copia esta preciosa sentencia, pero se olvida de la importante coronación que Cervantes le daba: «La experiencia, añadía, es en todas las cosas la mejor maestra de las artes (*Id.*)» Jamás dijera esto á no ser capaz de ponerse al timón de una nave, pues era demasiado reflexivo para cometer grandes ligerezas. Además, aunque no hubiese estudiado en la adolescencia el arte del piloto, estudió algunas de las materias que le son indispensables; y así llegó á unir la ciencia y la práctica, que son las cualidades que exigía de los buenos pilotos. Véase todo esto palpablemente en el naufragio del buque de Timbrio, descrito en la *Galatea*, porque contando el autor las peripecias de la tempestad que asalta á la nave, maneja el timón de un modo tan atinado, que es imposible que ningún marino de carrera le niegue la competencia.

(Continuará)

## ¡¡PARRICIDA!!

Si prevaleciese, que no prevalecerá, la manera de decir que algunos publicistas emplean, así como ellos nos hablan frecuentemente de *dobles asesinatos* y aun de *triples crímenes*, cuando pretenden narrar

los incidentes de tres crímenes ó de dos asesinatos, podría denominar yo *múltiple parricidio* á la relación que, en las menos palabras que me sea posible, voy á escribir y que, para mí tengo, que ha de ser del agrado del lector curioso: cosa que celebraré infinito y que cuando no le sirviese de esparcimiento, podrá ser para él de provechosa enseñanza.

Pero como yo no creo, ni he podido creer nunca, aunque algunas veces me lo he propuesto, que el que tiene dos duros tenga un doble duro, ni que el que posee dos casas tenga una doble casa, pareceme muy mal que se llame doble crimen á lo que en realidad son dos crímenes distintos y no he de titular parricidio múltiple, á lo que son varios parricidios.

Y basta de preámbulos y vamos al caso.

No digo que va de cuento; porque no se trata de un cuento sino de una historia en la cual fui á modo de personaje episódico, hace ya algunos años: acababa de llegar á Madrid cuando conocí al parricida. El cual era, en medio de todo, un buen sujeto, inofensivo, escaso de recursos y que no tenía, por lo que luego ví, más oficio, ni otra ocupación lucrativa que matar á los individuos de su familia...

Pero no anticipemos los sucesos.

Yo inocente en paz vivía...

quiero decir que tenía dinero y no conocía más que de oídas á los ingleses.

¡Qué tiempos aquellos!

Mucho han cambiado, desde entonces, los tiempos y yo. Acabábamos de almorzar en los Cisnes y después de saborear el aromático Moka, ó lo que fuese, encendí un exquisito Partegas y me eché á la calle alegre como unas castañuelas y satisfecho como fraile después de refectorio: pocos pasos había dado por la anchurosa calle de Alcalá, cuando se destacó de un grupo en el cual yo no había fijado la atención y vino flechado hacia mí un sujeto de bastante buena apariencia y tendiéndome afectuosamente la mano dió comienzo al diálogo que puedo reproducir textualmente porque ni se ha borrado, ni es fácil que se borre nunca de mi memoria.

— Hola, camarada, ¿usted por aquí?

— Sí: parece que he venido en efecto.

— ¿Cuándo ha llegado V., hombre?

— Pues hombre, hace unos cuatro días.

— No sabía nada.

— Lo creo: hay muchísimas personas que no se han enterado.

— Ja, ja. Usted siempre el mismo.

— Siempre; no tengo idea de que me haya cambiado. Pero, ¿á quién tengo el gusto de hablar?

— Pues qué, ¿no se acuerda V. ya de mí? No lo extraño: estoy muy variado. (Al llegar aquí mi interlocutor ini-

ció un tono casi patético.) Las desgracias alteran mucho á los hombres. Pues nos conocimos y nos tratamos mucho en casa de D. Pedro.

Yo conocía entonces y conozco hoy á muchos Pedros: ¿quién no conoce, por lo poco, á media docena de Pedros? No me atreví á manifestar más dudas, temeroso de cometer alguna torpeza, tanto más imperdonable cuanto más consideración debía merecerme quien acaso había sido efectivamente amigo mío, bien que yo no lo reconociese, y acababa de invocar en favor suyo los respetables derechos de la desgracia. Callé pues como quien casi casi asiente y esto fué bastante para que mi amigo continuase: «¡Qué buenos ratos pasamos en aquella casa! D. Pedro siempre tan complaciente, siempre tan amable, materia dispuesta siempre para todo; ¿quién había de decirlo entonces que moriría tan pronto?

— ¿Murió?  
— Sí; qué, ¿V. no lo sabía?  
— ¿Qué había yo de saber?  
— Pues sí, murió, y de una manera muy desastrosa: ¡oh! si él viese no me vería yo en el terrible trance en que me encuentro. (Aquí el tono de mi amigo llegó á ser plañidero.) Mi pobre mujer (el narrador se enjugó una lágrima, ó cosa así), dió á luz anteaer, y como la pobre venía ya muy quebrantada por los sinsabores y los disgustos que sobre nosotros han llovido, aquella naturaleza trabajada ya desde hacía tres años, no pudo sobrellevar las angustias del parto y murió, dejándome con tres niños, el mayor de dos años y medio. De estos tres niños, el uno murió aquel mismo día, otro está muriéndose, y el tercero morirá también de inanición porque carezco de todo y no veo modo de darle alimento.

Al llegar á este punto el amigo de D. Pedro no se enjugaba ya las lágrimas que corrían hilo á hilo por los surcos que prematuras arrugas habían formado en sus mejillas.

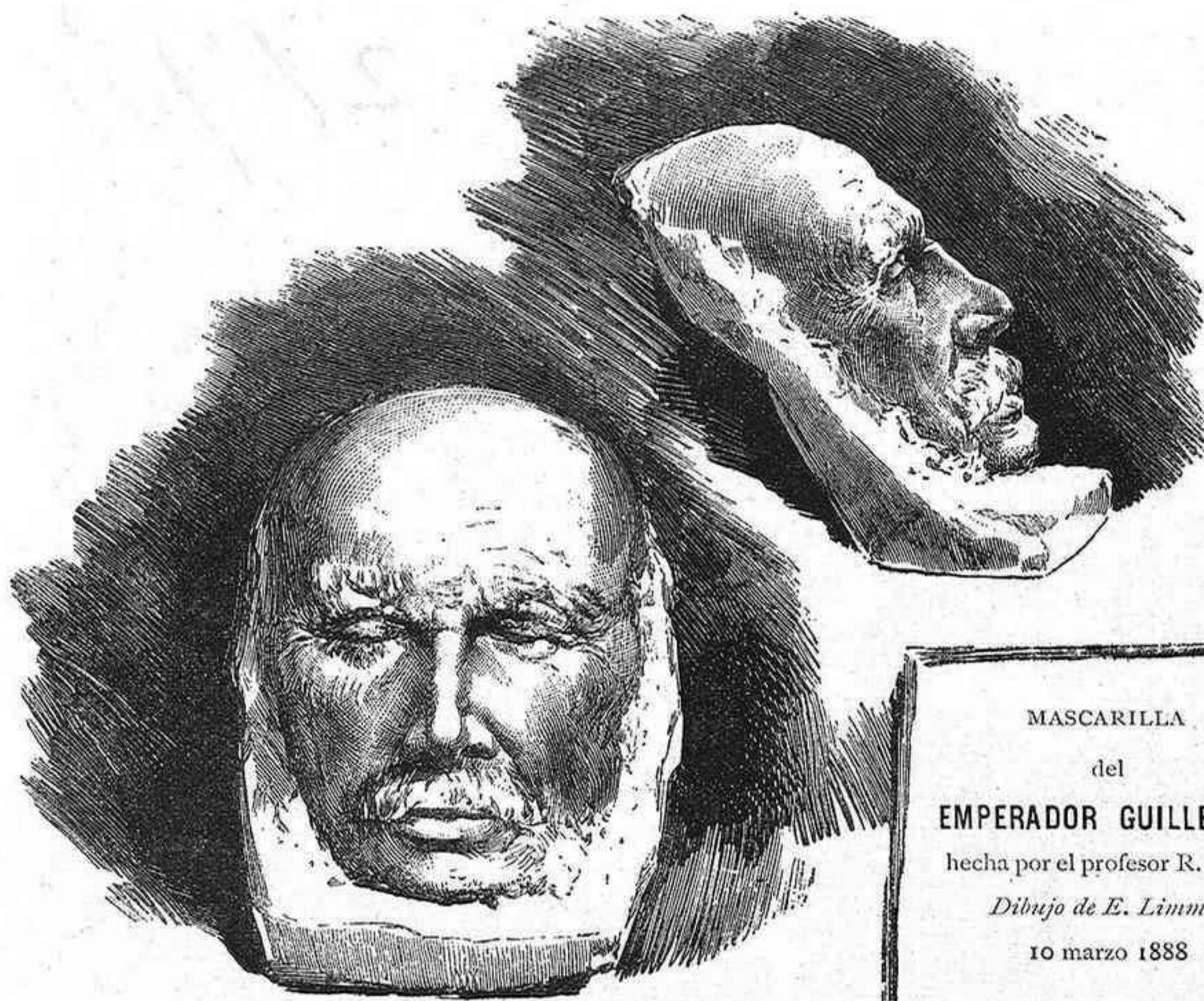
El relato me conmovió profundamente; aquel pobre viudo me inspiraba interés vivísimo y compasión indecible sus cuitas.

El comprendió sin duda mi enterneamiento y lo agradeció porque estrechándome la mano muy expresivamente, me dijo, con voz que los sollozos ahogaban: — ¡Gracias, mil gracias, amigo mío! Yo no sé si V. podrá aliviar mi desdicha; pero me basta ver que la compadece para sentir vivo y eterno reconocimiento hacia V. Loco, desesperado,

sin saber qué hacer, ni á dónde ir, he salido de casa donde dejo tres niños: muerto el uno, moribundo el otro, y el tercero sin esperanza de pan, ni de abrigo, y por primera vez en mi vida tiendo la mano en solicitud de una limosna: lo que por mí no haría, no vacilo en hacerlo por mi hijo, por el hijo de aquella santa mártir que anteaer lanzó en mis brazos el último suspiro.

Calló al decir esto, y esperó.  
El cuadro me había afectado profundamente, casi me recordaba la conciencia de haber gastado en mi almuerzo algunas pesetas cuando tales miserias existían: llevé la mano al bolsillo donde tenía apenas un billete de cincuenta pesetas y tres duros (un triple duro, que diría el otro) y casi avergonzándome de lo pobre de mi dádiva, deslicé delicadamente el billete en la mano con que el pobre padre tenía estrechada la mía.

Al contacto de aquel billete, un relámpago pasó por los ojos del amigo, lanzó al papel una mirada rapidísima; después apretó convulsivamente mi mano, la sacudió con gran energía y sólo me dijo: ¡Oh! ¡gracias! no olvidaré nunca lo que V. acaba de hacer por mis hijos: — y se alejó



MASCARILLA  
del  
**EMPERADOR GUILLERMO,**  
hecha por el profesor R. Begas  
Dibujo de E. Limmer  
10 marzo 1888

rápido, no sin llevarse las manos á los ojos.

La triste relación fué para mí mal remate de almuerzo; entristecióme el recuerdo doloroso de aquella situación amarguísima y aquella impresión duró en mi espíritu bastante tiempo.

Pasaron tres meses y casi, casi había olvidado ya al pobre padre de su triple hijo, cuando cierta noche al salir del teatro Español topé nuevamente con él. Miróme atentamente y se vino á saludarme. — ¿Qué tal va? — le pregunté deseoso de recibir noticias de los pobres angelitos. — Mal, muy mal, — me contestó él: — mi pobre mujer dió á luz hace tres días, y me ha dejado tres hijos... etc., etc., y me relató la misma historia, con muy escasa diferencia de pormenores.

La relación, como fácilmente se comprenderá, me conmovió entonces mucho menos que la primera vez: socorrí, sin embargo, al pobre hombre con algunas pesetas.

No habían transcurrido dos meses, cuando me lo volví á encontrar en la esquina del Suizo: saludóme afectuosamente y después de enterarse con mucho interés de mi salud, me dijo: «Pues yo, amigo mío, estoy en una situación desesperada. Mi pobre mujer, dió á luz hace tres días y ayer murió dejándome tres hijos...»

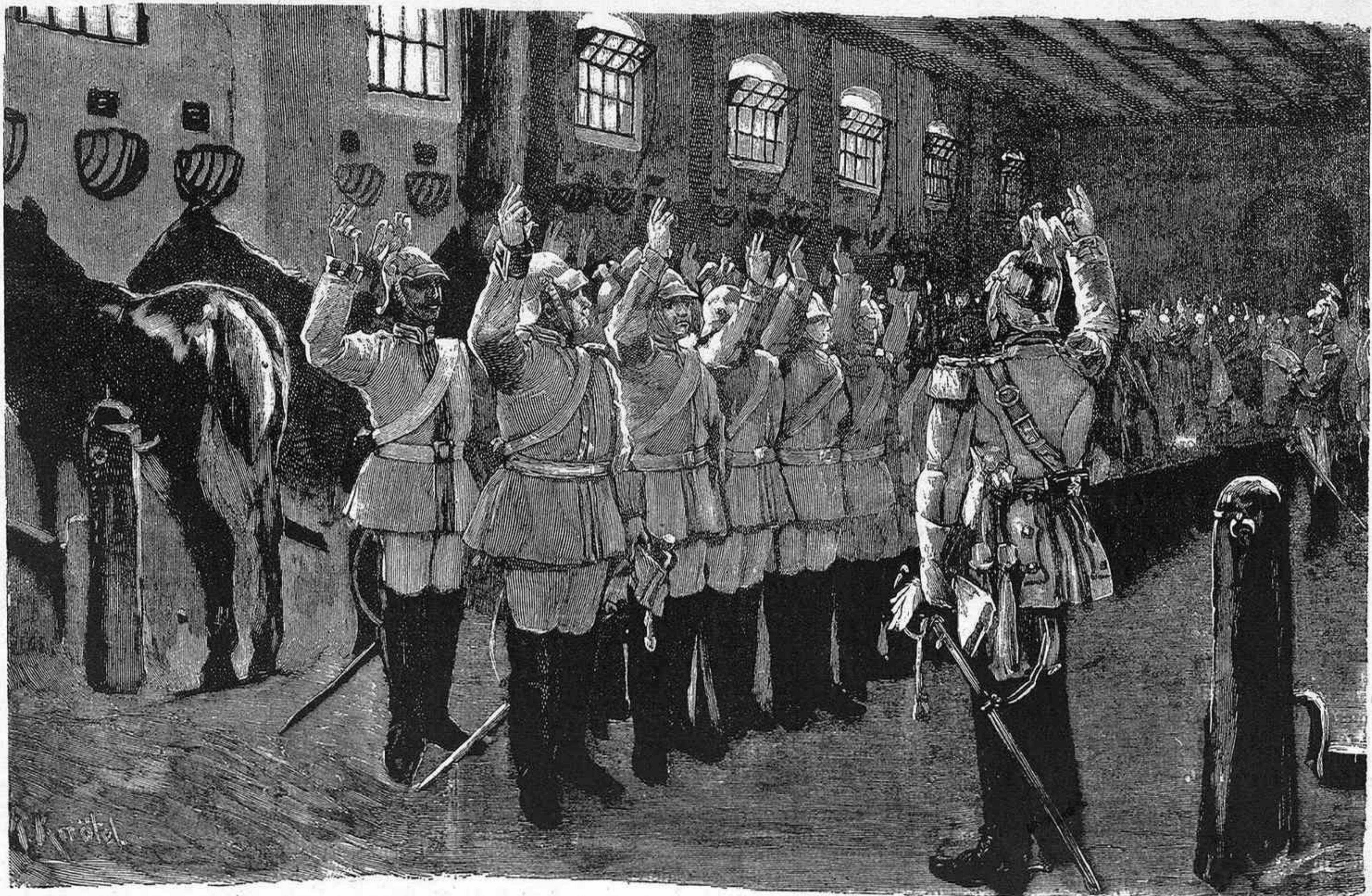
— De los cuales el uno ha muerto, el otro está moribundo y el otro no tiene qué comer, — dije yo interrumpiéndole. — Sé la historia y la deploro. En seis meses, su señora de V. ha tenido tres partos, lo cual es extraordinario todavía; y se ha muerto tres veces, lo cual es más extraordinario todavía; y lleva V. asesinados ya seis hijos, delito más que sobrado para que den á V. garrote.

— La verdad es, — dijo él, sin ruborizarse ni mostrarse cortado, — la verdad es que el oficio anda mal: no hay quien dé una peseta ni á su padre y es preciso, para sacar algo, apelar á los grandes recursos. ¿Puede V. darme dos pesetas? — Tome V., — le dije, — y míreme V. bien para que sepa que, de hoy en adelante, conmigo no hay necesidad de los grandes recursos: basta con los pequeños.

Por ahí, por esas calles, suelo ver ahora al parricida muy á menudo, y siempre al verle surge en mi memoria el recuerdo del malísimo rato que me dió cuando yo salía tan alborozado y satisfecho de los Cisnes.

Ya le he perdonado *el sablazo*; pero lo que es la historia, no se la perdonaré nunca.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



LOS GUARDIAS DE CORPS EN BERLIN JURANDO AL NUEVO EMPERADOR. — Dibujo de R. Knostel



FEDERICO III  
Emperador de Alemania

EMPERADOR GUILLERMO  
† el día 3 de marzo de 1888

PRINCIPE GUILLERMO  
Hereditario del imperio alemán

#### NOTICIAS VARIAS

**SENEGAL.** — Dicen de San Luís que el 2 de febrero último se terminó la línea telegráfica de Niagassola á Segniri, nueva estación sobre el Níger, recién creada por el coronel Gallieni, habiendo durado dos meses su construcción.

**EL ESTADO INDEPENDIENTE DEL CONGO.** — Ha perdido últimamente dos de sus más intrépidos ingenieros. El 24 de febrero se recibió en Bruselas la noticia de la muerte del capitán Lievin Vandeveldé y del teniente C. Warlemont: el primero, que estaba en camino para ir á ayudar á Tippó-Tip á restablecer el orden en Stanley Falls, sucumbió en Leopoldville del 2 al 3 de febrero, de una fiebre biliosa hematórica; y el segundo en Roma, del 10 al 13 del mismo mes, á consecuencia de una congestión.

**EXPEDICIÓN STANLEY.** — Al *Observer* de Londres le consta que se han recibido en el *Foreign Office* noticias de Emin Bajá, que alcanzan al 15 de setiembre. Stanley, que había esperado llegar á Wadelai á fines de agosto, no había aparecido aún en la época del último correo. Emin Bajá esperaba á Stanley por todo el mes de noviembre.

Por los mensajeros que le había enviado á recibirlo, le aconsejaba que tomara el camino de Mombassa, que consideraba él más seguro y mejor.

M. de Brazza no cree que haya muerto Stanley, antes bien parece inclinado á esperar que aparezca de repente el audaz explorador por donde menos se piense. Otra nueva autoridad viene en apoyo de esta conjetura: el explorador austriaco Oscar Lenz que cruzó el continente africano el año próximo pasado, ha dirigido á la *Gaceta Universal* de Viena una carta, en que expresa la convicción de que Stanley no ha sido víctima de ninguna catástrofe, creyendo que pronto se recibirán noticias suyas, atribuyendo el retardo de la expedición á dificultades de los abastecimientos. Si Stanley y sus compañeros hubieran sido asesinados, es racional admitir que algunos de los hombres de Zanzíbar que formaban su escolta, hubieran logrado escaparse y acaso hubieran llegado ya á la costa oriental. Es lo más probable que por esta parte se reciban las primeras noticias.

**ÁFRICA CENTRAL.** — Los viajeros austriacos, el conde Tekeli y M. Hahnel, que están actualmente en el África ecuatorial, han formado una caravana, compuesta de 400

individuos armados, con la cual se proponen atravesar el país de Masai, pasar luego á Kenia y penetrar tierra adentro hasta el lago Sambura.

**CALIFORNIA.** — Se anuncia de San Francisco, con fecha 2 de febrero, que se ha abierto, en fin, el gran canal de riego de Merced, destinado á llevar el agua desde el pie de las Sierras á San Joaquín. La extensión de las tierras que ha de beneficiar no es nada menos que un millón de hectáreas. Los trabajos han durado cinco años.

**LA TELEGRAFÍA DE UN DISCURSO PARLAMENTARIO.** — El discurso que el príncipe de Bismarck ha pronunciado días atrás en el Parlamento alemán comprendía 10,997 palabras, y de él se dió cuenta á los periódicos de Alemania y de toda Europa por medio de 1218 telegramas que formaban un total de 194,296 palabras. Desde Berlín se hizo la transmisión á 326 puntos distintos, habiendo sido necesario el concurso de 235 empleados y de 222 aparatos, 60 del sistema de Hughes, 155 de Morse y 7 de Estienne. El telegrama más extenso transmitido á los periódicos extranjeros ha sido el del *Times*, del que tomamos los datos anteriores.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria  
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN